

## Zonas de espera<sup>1</sup>

Paulo Eduardo Arantes

Universidad de São Paulo, São Paulo, Brasil

p.e.arantes@uol.com.br

### Una digresión sobre el tiempo muerto de la ola punitiva contemporánea<sup>2</sup>

2

**U**NA EXPLICACIÓN NECESARIA: EN LO que concierne a la atrofia del Estado Social, acelerada por el mantra de la responsabilidad personal y el trabajo, que culminó en la transformación del *Welfare* estadounidense —este último, en rigor, más un pretexto que propiamente un hecho— en un engranaje basado en la obligación humillante del trabajo subremunerado, en

---

1 Esta traducción de fragmentos del capítulo “Zonas de espera” busca detonar la discusión sobre fenómenos tan normalizados en la sociedad capitalista global contemporánea como hacer fila, ir a una fiesta techno acompañado de sustancias psicoactivas o esperar en la sala de espera de un hospital o un aeropuerto. El estilo del filósofo Arantes es irónico y contundente. En él se mezclan la rigurosidad conceptual, la erudición enciclopédica, la formulación de analogías sugerentes y una aguda sensibilidad para comprender la política cultural de las emociones, en términos de Sara Ahmed. Aunque quedan por fuera de esta traducción reflexiones sobre, por ejemplo, la circulación masiva de imágenes digitales, la relación entre espera y guerra (con especial atención a la situación de Palestina) y los procesos de migración en el Mediterráneo, y el sugerente análisis de Arantes de expresiones como “make prisoners smell like prisoners”, esperamos que la selección sea lo suficientemente estimulante para motivar a los lectores a acercarse a la versión completa del ensayo en portugués. Este texto de Arantes es indispensable para comprender desde múltiples perspectivas (entre ellas, la de la diferencia de clase) el cambio de valor que han sufrido fenómenos como la espera en los últimos siglos y su rol en las tendencias punitivistas contemporáneas, que, no sorprende, también operan por la vía de una transformación epistemológica, particularmente en forma en la concepción del tiempo de los sujetos. Además, como el lector podrá comprobar, el ensayo traza vínculos fructíferos con obras como *Esperando a Godot*, *La educación sentimental*, *Guerra y paz*, entre otras [N. del T.].

2 Arantes, Paulo. “Zonas de espera”. *O novo tempo do mundo*. São Paulo, Boitempo, 2014, págs.141-198. Traducido por Jorge Luis Herrera Mora y revisado por William Díaz Villarreal [N. del T.].

lo que de hecho consiste el *workfare* propiamente dicho, en “conversión de la ayuda social en trampolín hacia el empleo precario”, Wacquant<sup>3</sup> se apoya con frecuencia en la reconstrucción, debida sobre todo a Jamie Peck,<sup>4</sup> de la génesis y economía política de este término paraguas para todo tipo de iniciativa de reconducir la asistencia social al submundo del trabajo degradado. Según la formulación de Jamie Peck, a los McJobs se vino a juntar el complemento de los McWelfare. Por ello, la traducción sin más de *workfare* como “trabajo social” confunde, pues, tanto en Francia como en Brasil, la expresión suele referirse a la actividad de los agentes encargados de los servicios del sector social. En este caso, la mano izquierda del Estado, en la conocida distinción de Bourdieu<sup>5</sup> entre los dos polos del campo burocrático, desigualmente repartido entre la mano ligera femenina de las funciones de amparo y protección, por definición una mano abierta encargada de los gastos y desperdicios, y la mano derecha masculina, la mano dura de la nueva disciplina económica. Estos agentes, aunque sean considerados como los trabajadores que de hecho son, y trabajadores en riesgo de endurecimiento moral por el trato continuo con el desamparo, no se confunden con las personas consumidas por la aflicción al otro lado del mostrador. En el Brasil del último período, esta distinción se trivializó en el sentido común de la distribución aleatoria de “bondades” y “maldades” según los altibajos de la coyuntura.

---

3 Arantes se refiere al libro *Punir os pobres: a nova gestão da miséria nos Estados Unidos* de Loïc Wacquant (3. ed., Rio de Janeiro, Revan, 2007, Coleção Pensamento Criminológico, v. 6) citado en el primer apartado del ensayo. En este apartado, nuestro autor cuestiona de la mano de ese libro la desmesura de los castigos en el sistema penitenciario estadounidense y reflexiona sobre cómo represión judicial se ha intensificado hasta el punto de banalizar el acto de infligir dolor. Esta banalización, según Wacquant, se apoya en la idea de que “la condición del detenido mejor tratado debe ser inferior a la del asalariado en peores condiciones en el exterior”, y cristaliza en la llamativa afirmación del sheriff Arpaio: “Quiero que ellos sufran”. El sheriff Joseph Michael Arpaio es conocido por sus medidas de perfilamiento racial y de represión excesiva. Arantes concluye el primer haciendo énfasis en que la ola punitiva no solo impacta las cárceles, sino que se ha extendido a los centros de asistencia social y a innumerables “focos epidémicos del sufrimiento social”. Queda así establecido un vínculo explícito entre el sufrimiento del encarcelamiento y la psicodinámica de las situaciones de trabajo [N. del T.].

4 *Workfare States* (Nueva York, Guilford Press, 2001).

5 Arantes hace referencia a la entrevista con R.P. Droit y T. Ferenczi, publicada en *Le Monde* el 14 de enero de 1992. Aparece en el primer volumen de *Contre-feux* como “La main gauche et la main droite de L’État” [N. del T.].

Así, el libro de Wacquant<sup>6</sup> intenta rediseñar el modelo de Bourdieu al incluir “a la policía, los tribunales y la prisión entre los elementos centrales de la ‘mano derecha’ del Estado, junto con los ministerios del área económica y presupuestaria”. De este intercambio de manos, o más bien, solapamiento, ya que en rigor se trata de la “colonización del sector social por la lógica punitiva y panóptica, característica de la burocracia penal postrehabilitación”, resulta una creciente “remasculinización del Estado” y una “reafirmación marcial de su capacidad para controlar los pobres problemáticos, tanto los beneficiarios del *workfare* como los que se deslizaron hacia el mundo del crimen”. De manera que, de esta barajada de género de las dos manos del Estado, Wacquant sugiere, por cierto, que la escalada patriarcalista del Estado, remasculinizado tras su supuesta feminización keynesiana, puede ser entendida como una reacción a las profundas modificaciones provocadas en el campo político por el movimiento de las mujeres. Los agentes de este Estado, todos los sectores confundidos, suaves o duros, pueden entonces desempeñar, con la desenvoltura que conocemos, el nuevo papel de “protectores viriles de la sociedad contra sus miembros rebeldes”.

En este sentido, todo el ingenioso trabajo, en el cual se esmeran el sheriff Arpaio y sus colegas, de producir un excedente de sufrimiento en sus detenidos es, estrictamente hablando, un *travail du mâle*, para emplear con la mano cambiada el juego exacto de palabras al que recurre Christophe Dejours para explicar el surgimiento de conductas inicuas y prácticas organizacionales destinadas a infligir, sin vacilar, injusticia a terceros en el nuevo mundo del trabajo flexible, preguntando si al final ese “trabajo del mal” no sería igualmente el “trabajo del macho”. Si este es el caso, ¿no sería entonces la virilidad exhibida en el trabajo de gobierno de la inseguridad social el resorte secreto de toda la ola punitiva que se propaga por el sistema, un giro punitivo que, por su parte, no reclutaría a sus operadores en el teatro cívico de la valentía viril si no se presentara con la energía movilizadora de un “trabajo”?<sup>7</sup> Esto permitiría además contemplar todo el aparato del *workfare* desde otro prisma, el de otra ola: la de la *intensificación del trabajo*.

---

<sup>6</sup> Como lo recuerda el autor en el capítulo teórico que cierra la edición americana de *Punir os pobres*, “A Sketch of the Neoliberal State”, en *Punishing the Poor: The Neoliberal Government of Social Insecurity* (Durham/Londres, Duke University Press, 2009), p. 287-314.

<sup>7</sup> Christophe Dejours, *Souffrance en France: la banalisation de l'injustice sociale* (París, Seuil, 1998), p. 123. Intenté en otro lugar explorar el alcance histórico del cuadro conceptual de la psicodinámica de las situaciones de trabajo, en particular en la zona gris de los campos

Sin embargo, hay una manifestación del “trabajo social” en la que este es movilizado en su acepción propiamente europea, o al menos en una de sus variantes, como modo de gobierno de poblaciones enteras en situaciones de riesgo emergente y turbulencia cercana a la insurgencia endémica. Acepción común, pero no su incorporación reciente, al menos en el discurso del “*new american way of war*” —y por extensión de la matriz, occidental—. Es que ahora el “trabajo social” pasó igualmente a pavimentar el camino estadounidense hacia la guerra permanente: “*social work with guns*”, en la fórmula de Andrew Bacevich,<sup>8</sup> quien fue el primero en destacar estas fantasías de la gobernanza militar en las que la guerra se está instalando para quedarse de una vez por todas. Guardadas las debidas proporciones, cualquier semejanza con las Minustah de la vida y las Unidades de Policía Pacificadora (UPPS) cariocas no es casual, pues se trata igualmente de otro *continuum* punitivo, como lo resalta el mismo Wacquant al incluir, por ejemplo, el *workfare* en el *prisonfare*. Estamos tan solo recordando que el Estado social-penal “remasculinizado” es también un *warfare State*. El giro punitivo de la guerra, al resucitar la vieja estrategia de contrainsurgencia de los años sesenta, arrastró consigo, como garantía de que se trata realmente de una contrainsurgencia sin fin, el enfoque en la “pacificación” por medio de la buena gobernanza económica, de provisión social y de seguridad, etc.<sup>9</sup>

## 4

Pasemos entonces al dispositivo de confinamiento y almacenamiento:<sup>10</sup> 142 mil metros cuadrados alineados en 4 hectáreas, en pleno corazón de la ciudad —“el

---

de la muerte del Tercer Reich, como, por lo demás, sugirió el propio Dejours. Cf. Paulo Eduardo Arantes, “*Sale boulot*”, publicado en el mismo volumen en el que aparece el presente ensayo.

8 “Social Work with Guns”, *London Review of Books*, v.31, n.24, 17 diciembre. 2009, p. 7-8.

9 Para una exposición completa, véase también Andrew Bacevich, *Washington Rules: America's Path to Permanent War* (Nueva York, Metropolitan Books, 2010), cap.5.

10 Arantes se refiere al complejo penitenciario de las Twin Towers en Los Ángeles. En el apartado tres de este ensayo, nuestro autor reflexiona sobre cómo el giro punitivo también afecta a los agentes subordinados y asalariados del sistema judicial. Los trabajadores encargados de contener y vigilar, “el eslabón más débil en la organización del trabajo dentro del aparato penitenciario”, tienen que lidiar con el formalismo de los protocolos del trabajo prescrito y a un estado extenuante de alerta. Al sentimiento de miedo, inherente a su trabajo, se suman mucha ira y rencor. Esta mezcla, según Arantes, alimenta el “celo” con que el “personal en la línea de frente” de las cárceles hace sufrir a los prisioneros. Arantes

mayor establecimiento de detención del mundo”, como les gusta vanagloriarse a sus responsables—, incluyendo un cuartel de alta seguridad, un centro de recepción y selección de nuevos detenidos, etc. Con 2,400 funcionarios, Wacquant compara el conjunto con una fábrica gigantesca, “cuya materia prima y producto manufacturado serían los cuerpos de los detenidos”. Pero la analogía fordista se detiene ahí. Aunque se trata de una institución completa y austera, es todo menos una fábrica de trabajo disciplinado de los viejos tiempos, pues el trabajo penal, cuando existe, no desempeña ninguna misión económica positiva de reclutamiento y disciplinamiento de una mano de obra activa, aunque sea creciente la presión financiera (reducir la factura carcelaria) e ideológica para reintroducir el empleo masivo no calificado en empresas privadas que operan dentro de las prisiones, permitiendo, por lo demás, “extender a los presos pobres la obligación del *workfare*, hoy impuesto a los pobres libres como norma de ciudadanía”.<sup>11</sup> Sin embargo, prevalece la escalada punitiva del mero almacenamiento de toda una “categoría sacrificial” de la población —pues los detenidos “son el grupo paria entre los parias”—, que puede ser “vilipendiada y humillada impunemente”<sup>12</sup>. Y a esa masa “que exhala el olor repugnante de la derrota, de la vida fracasada y del atraso”,<sup>13</sup> debe administrársele —incluso en el sentido imperativo de la ingestión de un fármaco maléfico— el aroma social específico de la cárcel, cuya impregnación se debe al funcionamiento peculiar de otra fábrica contemporánea, especializada en el tratamiento de residuos sociales,<sup>14</sup> pues en estas plantas de “remoción de detritos humanos”<sup>15</sup> hasta la tarea diaria de “acoger”, criar y poner en circulación —en principio, lo más rápidamente posible— todo este desecho subproletario asume una inédita dimensión punitiva, altamente reveladora del actual curso del mundo en un régimen de urgencia permanente, y justamente

remata el apartado contundentemente: “la virada punitiva no podría ser más completa”. Al respecto, como ya se dijo en una nota del autor, es muy pertinente el ensayo “Sale boulot”, publicado en el mismo volumen en el que aparece “Zonas de espera” [N. del T.].

<sup>11</sup> Loïc Wacquant, *Punir os pobres*, 3 ed., cit., p.349. Para una descripción del funcionamiento de las Twin Towers, a continuación, ver p.313-20.

<sup>12</sup> Ibidem, p. 312.

<sup>13</sup> En las palabras de Zygmunt Bauman, a cuya voz luego volveremos en el capítulo, *Globalização: as consequências humanas* (trad. Marcus Penchel, Rio de Janeiro, Jorge Zahar, 1999), p. 129.

<sup>14</sup> Loïc Wacquant, *Punir os pobres*, 3. ed, cit., p. 250.

<sup>15</sup> De nuevo, Bauman, *Vidas desperdiçadas* (trad. Carlos Alberto Medeiros, Río de Janeiro, Jorge Zahar, 2005).

en el tenor intransitivo que estamos viendo: castigar por castigar y nada más, simplemente para hacer mal, y cuanto más, mejor.

A propósito de circulación, Wacquant señala la existencia de un viaducto de doscientos metros de longitud que

conecta el centro de selección con la estación de autobuses incrustada en las entrañas del edificio, donde los detenidos llegan continuamente en autobuses que descargan su “pesca” día y noche. La Los Angeles County Jail posee el mayor parque público de autobuses de todos los Estados Unidos, indispensable para el transporte de esas decenas de miles de internos. Un interminable laberinto de corredores ciegos, de paredes desnudas, conecta las diferentes partes del complejo.<sup>16</sup>

El proceso punitivo comienza con la *peregrinación* expiatoria a través de esta intrincada red para alcanzar su primer apogeo en un centro ciclópeo de recepción y triaje, 14 mil metros cuadrados distribuidos en dos pisos, más de dos docenas de ventanillas, dotadas cada una con una sala de espera con capacidad para cerca de 50 personas. Lo que se hace circular en el corazón de este laberinto es un inmenso coágulo particularmente cruel, el resumen exacto del *tiempo muerto* destilado por un giro punitivo sin otro propósito que el de apretar más el torniquete, la interminable vuelta de un solo tornillo, el de la *espera*, y no se trata solo del recuento inmemorial e interminable de los días pasados tras las rejas de una prisión. Aunque es la misma, ahora la espera es otra, y tan diseminada como la ola punitiva que le redefinió el carácter, por así decirlo, de un compás de espera mundial.

Sentados en un pequeño taburete metálico, los acusados declaman su horsepower (identificación, estatura, peso, señas particulares, dirección, alias y antecedentes judiciales y penitenciarios) en un micrófono que los conecta con la funcionaria del registro, sentada un poco más arriba respecto a ellos y detrás de un vidrio blindado. Y ellos esperan y esperan: tres horas aquí, seis allá, otras cuatro en otra etapa, no menos de dos horas... En realidad, van a pasar de doce a veinticuatro horas, a menudo más [...] mientras esperan, duermen en el suelo o en los bancos de metal de las salas de espera, bajo

---

16 Loïc Wacquant, *Punir os pobres*, 3. ed, cit., p. 319.20.

la luz de neón y la luz estridente de los televisores que funcionan todo el tiempo para “pacificar” al “cardumen” en tránsito.<sup>17</sup>

El énfasis obviamente es mío, dado lo inusual o la extraña familiaridad de la situación, de ahí que pase desapercibida esta cifra temporal que define el hiperencarcelamiento como almacenaje por simple apilamiento de lo que se pesca en las calles. En contraste, un relato pintoresco tal vez nos dé algunos indicios. Estudiando la génesis y expansión de esta inflación penitenciaria, Nils Christie cuenta que, en la pequeña Noruega de los años 1980 a 1990, las prisiones comenzaron a sufrir una sobre población tan inusual que las autoridades decidieron, para temor general, poner en cola a los excedentes en una lista de espera: así es, condenados a una pena de prisión, los sentenciados esperaban su turno, generalmente en casa, por falta de vacantes. No se trataba en absoluto de una pena alternativa, sino literalmente de una lista de espera. Otra más, por lo demás doblemente disciplinaria. Si hoy en día todo el mundo se arrastra en una fila de espera, ¿por qué no especialmente aquellos destinados a pudrirse en una celda? Doble descubrimiento, propiciado por un embotellamiento, de la ola punitiva que se aproximaba a esa tranquila provincia, por cierto no tan tranquila si pensamos en Ibsen y en los abismos de la colaboración en tiempos del Tercer Reich. Por un lado, primera disonancia: la percepción de que los futuros secuestrados eran personas comunes y no salvajes peligrosos o monstruos; por otro, contrarrestando esa ruptura efímera del estereotipo: alguien en una fila de espera, antes incluso de ser enjaulado, ya no tenía futuro, y, además, experimentaba, aún del lado de afuera, lo que significa esperar otro tiempo de espera.<sup>18</sup> Al final de la década de 1990, este expediente estaba casi completamente desactivado, pero no la revelación en un breve vistazo (durante la relectura de un pasaje aparentemente anodino del libro de Wacquant) de que *hacer esperar y castigar* no solo riman en el universo de las disciplinas redescubiertas por Foucault, sino sobre todo que *hacer esperar ya es castigar*, en la medida exacta en que ya no se castiga para corregir una desviación, sino para agravar un estado indefinido de expiación y contención. En límite, la contención del tiempo mismo: es sabido que la

<sup>17</sup> Ibidem, p. 315.

<sup>18</sup> Nils Christie, *Crime as Industry: Towards Gulags, Western Style* (3. ed., Londres, Routledge, 2000), p. 44-5.

“ausencia de tiempo”, que corroe el transcurrir de una vida en reclusión carcelaria, mina y destruye el sistema inmunológico, además de generar trastornos neurológicos y psíquicos imprevisibles.<sup>19</sup> Pero ya por el efecto destructivo de este daño colateral se puede vislumbrar el papel central de la *microfísica de la espera* en el giro punitivo: pudiendo ser letal, el tiempo muerto es más que una metáfora, es el tiempo propio de la epidemia punitiva que contamina todos los rincones oscuros del mundo, y los no tan oscuros también, que están siendo remodelados por el nuevo gobierno del capital. Oscuros y subalternos, pues la imposición de la espera en los laberintos del sistema penal afecta a la base y no a la cima de la pirámide social. En una palabra, el tiempo muerto de la espera punitiva es una cuestión de clase. Desde tal umbral subterráneo donde viven en estado de latencia los huéspedes de estas ratoneras carcelarias de Los Ángeles, irradia hacia las zonas de luz y opulencia de las clases acomodadas, donde la simple espera se siente entonces de hecho como un castigo inmerecido. Pronto veremos por qué.

Por ahora, otra muestra de la *matriz punitiva de la espera como disciplina social*. Al tratar la penalización de la asistencia pública redirigida por el *workfare* hacia la imposición coordinada del subempleo —así como se castiga por castigar, el deber del trabajo por el trabajo es una evidencia que tampoco se discute, mucho menos la acumulación por la acumulación, como todas las demás tautologías constitutivas de un engranaje ciego como el capitalismo—, Wacquant observa cómo las agencias de asistencia reformadas por los enfoques del *workfare* tomaron prestadas las técnicas de gestión de personal usadas en la institución correccional: monitoreo cerrado, establecimiento de un lugar preciso de trabajo, registro detallado de las rutinas y especificación de tareas, rígido sistema de sanciones graduales, etc.<sup>20</sup> El proceso de penalización convergente entre los dos brazos del Estado es tal, que la semejanza física de la oficina de asistencia post-reforma y las instalaciones penitenciarias es impactante:

19 Como recuerda de paso Lola Aniyar de Castro, junto con otros efectos patogénicos del espacio y del tiempo suspendidos por la vida en reclusión, efectos que constituyen la esencia misma del confinamiento, pues el enfoque de su artículo es sobre todo el exterminio intracarcelario en las ‘instituciones de secuestro’ de nuestro continente. Véase la contribución de la autora en el capítulo ‘Matar com a prisão, o paraíso legal e o inferno carcerário: os estabelecimentos “concordes, seguros e capazes”’, en Pedro Abramovay y Vera Malaguti Batista (orgs.), *Depois do grande encarceramento* (Río de Janeiro, Revan, 2010), p. 99.

20 Loïc Wacquant, *Punir os pobres*, 3. ed., cit., p.182-3.

No se trata solo de las puertas, los guardias, las señales de advertencia o incluso de las sillas de plástico color naranja de las salas de espera, o de los pisos de linóleo gris sucio institucional, se trata también de las condiciones de hacinamiento, las señales de comando, la voz del sistema de sonido interno [...] la oficina de asistencia tiene incluso algo de prisión por la sucesión de puertas cerradas, aparentemente sin fin, cada una con su propio número, etc.<sup>21</sup>

Como la nueva ley que generalizó el *workfare* eliminó garantías legales, maximizó la autoridad y severidad de los funcionarios, prosigue Wacquant, la atmósfera de prisión se intensificó en una oficina de asistencia saturada de desconfianza, confusión y miedo. Todo sumado, impregnando todo el repertorio de gestos y espacios descalificados, la misma experiencia opresiva de una *gran espera por nada*, otra zona de suspensión del tiempo, algo como una sala de espera absoluta con el aviso-orden “Espere Aquí” parpadeando indefinidamente como una falsa alarma. Alertados por un sexto sentido de clase, se comprende el escalofrío que estremece a los de arriba cuando se les pide que esperen un poquito más de la cuenta, como si una voz osara darles órdenes: pónganse en su lugar y límítense a esperar, algo que obviamente huele a casa de detención.

## 6

Al ser este el punto neurálgico del conflicto,<sup>22</sup> necesariamente debe sonar a sarcasmo involuntario la vasta literatura —desde la autoayuda hasta el estudio

---

<sup>21</sup> En este punto, nuestro autor está transcribiendo observaciones de Sharon Hays, *Flat Broke with Children*. Ibidem, p. 183.

<sup>22</sup> El apartado cinco del ensayo cierra con una reflexión sobre la entronización social de lo “instantáneo” y sobre cómo moverse y actuar con mayor rapidez, permanecer en movimiento, por decirlo de algún modo, se ha convertido en una forma de detentar el poder. El apartado cierra con una cita de Bauman sobre quienes no hacen parte de esta “élite de la movilidad” y se encuentran “en el lado opuesto de la ecuación contemporánea” [N. del T.].

las personas que no pueden moverse tan rápido —especialmente la categoría de personas que no pueden dejar su lugar cuando quieran— son aquellas que obedecen. La dominación consiste en nuestra capacidad de escapar misma, de desengancharnos, de estar “en otro lugar”, y en el derecho de decidir la velocidad con la que esto se hace —y, al mismo tiempo, en destituir a los que están del lado dominado de su capacidad de detenerse, o en limitar sus movimientos, o incluso en hacerlos más lentos—. (Zygmunt Bauman, *Modernidade líquida* (trad. Plínio Dentzien, Rio de Janeiro, Jorge Zahar, 2001), p. 139.)

sociológico estándar— dirigida a los afortunados que todavía pueden permitirse el lujo de vivir en cámara lenta, ralentizar el ritmo y ofrecerse impunemente el refinado placer de una temporada con el reloj en el cajón, generalmente en una residencia secundaria especialmente diseñada para tal fin, el teatro privado de la vuelta al mando del tiempo lento. De ahí la fuerte impresión de *gentrification* en las versiones institucionales de esta misma prebenda del tiempo desacelerado, como en el caso de la red Cittaslow, incluso si se inspira en la percepción correcta de que la ciudad, en cuanto “máquina de movilidad”, es un aparato dualizador por excelencia que condena a los rezagados, como veremos, al sufrimiento de un verdadero *éxodo*, impulsados por la fuerza coercitiva de la movilidad de los ganadores.<sup>23</sup> Los llamamientos edificantes de la Unesco a favor de la rehabilitación del tiempo largo, ensombrecido por la miopía temporal de nuestra época, van en la misma dirección.<sup>24</sup>

Al reflexionar sobre el futuro del lujo, incluso la perspicacia de un Enzensberger se desliza en esta trampa de los *happy few*, la mencionada aristocracia de la velocidad.<sup>25</sup> Es cierto que hoy el lujo ha abandonado el exceso y aspira a lo necesario, como observa Hans Magnus. Pero no es menos cierto que el exceso hoy recae sobre las masas (para bien o para mal) trabajadoras y consumidoras (ídem), de modo que vive en el lujo quien puede desviar hacia los otros tal sobrecarga, llevando a cabo con éxito otra estrategia de “evitación”. De nuevo, “minimalismo y renuncia” entran en escena, esta vez como marcas de la *distinción* involucradas en el acceso a bienes escasos. En un giro histórico de aceleración máxima, no sorprende que el tiempo, al igual que los demás prerrequisitos elementales de la vida, como el espacio, la tranquilidad, la atención, etc., redescubiertos al final de su periplo, se haya convertido en el más importante de los activos de lujo. Sin embargo, no hace falta romperse la cabeza para descubrir el origen social de sus consumidores exclusivos, por más que aleguen ser los que menos pueden disponer de su propio tiempo, pues al final son los mayores

<sup>23</sup> Max Rousseau, “Le mouvement des immobiles”, *Le Monde Diplomatique*, n. 688, jul. 2011. Para un retrato expresivo de la manera en que este frenesí de movilidad afecta a las poblaciones saturadas por los flujos que, en el límite, las immobilizan, véase Vincent Doumayrou, “Veut-on singapouriser la Flandre?”, *Le Monde Diplomatique*, n. 673, abr. 2010, p. 20-1.

<sup>24</sup> Jérôme Bindé, “Pour une éthique du futur”, *Les Cahiers du MURS*, n. 35, abr. 1998.

<sup>25</sup> Hans Magnus Enzensberger, “Luxo: passado, presente, futuro”, en *Ziguezagüe* (trad. Marcos José da Cunha, Rio de Janeiro, Imago, 2003).

prisioneros de sus agendas que se extienden hasta algunos años en el futuro, como destaca y subraya el propio Enzensberger comentando el alcance de su hallazgo: para concluir, en el caso del espacio por ejemplo —otro recurso natural embotellado por el exceso de gente y chucherías—, con una *boutade* minimalista que huele a guía de etiqueta y decoración de interiores: “Hoy un aposento parece lujoso cuando está vacío”.

El elogio de la lentitud no es necesariamente un género apologético —incluyendo tanto la redención por la bicicleta como el *temps d'arrêt* de una sesión de psicoanálisis—, aunque se cultiva en un terreno resbaladizo. En un momento de distracción, incluso alguien tan poco sospechoso como Robert Kurz cede a la tentación y reactiva el anacronismo social en que chocan las consideraciones de Enzensberger sobre quién puede o no darse el lujo de deshacerse de la agenda en la economía contemporánea del tiempo, quién, en definitiva, puede darse el lujo de no tener prisa —como el fumador empedernido de Oscar Wilde, que no se preocupaba por morir poco a poco, pues no tenía prisa—. Por eso, Kurz también habla del “uso lujoso del tiempo”, algo que “ningún ejecutivo moderno podría permitirse, aunque gane millones al año y conduzca el coche más rápido”, remitiéndose al célebre relato del escritor Johann Gottfried Seume (1802) sobre su paseo a pie desde Sajonia hasta Sicilia, un manifiesto ambulante contra la aceleración permanente de todos los procesos de la vida en un momento en que la movilidad tecnológica ni siquiera había alcanzado el nivel de la locomotora a vapor. El ejemplo es sin duda espléndido, al igual que la conclusión a la que llegó Thoreau ante los nuevos medios de locomoción y transporte, a saber, que anda más rápido quien anda a pie.<sup>26</sup> Lo curioso de todo esto es que Marx también sucumbió a la ideología de la aceleración al comparar las revoluciones modernas con la locomotora de la historia. Siempre a la caza de la estupidez progresista, Flaubert no descansó hasta poner a un Cristo socialista conduciendo una locomotora en una escena de *La educación sentimental*. Sin embargo, aunque enredado en el imaginario del siglo burgués, Marx estaba diciendo lo mismo que Thoreau: que la humanidad saldría más rápido de la prehistoria (y en eso toda prisa era poca) caminando a pie con la clase obrera (ahora la revolución es un bichito excavador y paciente). Entonces, sería necesario añadir que el problema no

---

<sup>26</sup> Robert Kurz, “Sinal verde para o caos da crise”, en *Os últimos combates* (Petrópolis, Vozes, 1997, Coleção Zero à Esquerda), p. 346-8.

es el lujo de ir en contra de una superabundancia que sofoca, sino de saber cuándo la *urgência* cambia de sentido, y con ella todo el sentido de la *espera*. Después de todo, ¿cuándo es urgente esperar?<sup>27</sup> La “filosofía crítica del andar” preconizada por Seume, cuyo *Paseo a Siracusa* obviamente no he leído, era ciertamente más que contemporánea de las meditaciones de Hegel sobre la Historia, la cual sí podía darse el supremo lujo de andar a pie, pues la Razón que la guiaba —una razón astuta— disponía de una paciencia infinita. Este ya no es el caso ni de Kurz y Enzensberger, ni del ejecutivo engullido por la agenda consumida por eventos estúpidamente inaplazables.

7

Cada vez más lentos, hasta la inmovilidad total en las zonas de espera que son las prisiones sumergidas por la marea punitiva. La gran espera de hoy es así la de la inmovilidad forzada, necesariamente punitiva, pues la prohibición de moverse es una fuente inagotable de dolor, incapacidad e impotencia.<sup>28</sup> Por eso, lo que hacen los internos de una supermax como la prisión de Pelican Bay en sus celdas simplemente no importa: como ya no fue proyectada como laboratorio de rehabilitación por medio del trabajo deliberadamente redundante, lo que importa, continúa Bauman, es que “se queden ahí”<sup>29</sup> —y esperen, indefinidamente—. Cuando el sheriff Arpaio declara —y denuncia la naturaleza de su “trabajo”— “Quiero que sufran”, sabe de lo que habla: quiero verlos inmovilizados por una espera sin fin ni propósito. Y sabe en nombre de quién habla:

La inmovilización es el destino que las personas perseguidas por el miedo a la inmovilización misma desean naturalmente y exigen para aquellos que temen y juzgan merecedores de un duro y cruel castigo. Otras formas de disuasión y retribución parecen, comparativamente, de una clemencia lamentable, inadecuada e ineficaz —es decir, indolora—.<sup>30</sup>

---

27 Más adelante, veremos de cerca cómo Jean-François Bayart responde a esa pregunta en *Le gouvernement du monde: une critique politique de la globalisation* (París, Fayard, 2004).

28 Como recuerda también el mismo Bauman, *Globalização*, cit., p. 130.

29 Ibidem, p. 121.

30 Ibidem, p. 130.

Castigar a los pobres con la pena cruel de esta espera inmovilizadora —tanto en las salas de espera social en que se encuentran confinados los beneficiarios humillados y explotados del *workfare* como la chusma proletaria aspirada por el sumidero carcelario, sin mencionar todavía la legión de los condenados a pudrirse en las demás zonas liminares de espera coercitiva que el amurallamiento global va multiplicando— es, por lo tanto, también un impulso de retaliación automática dictada por capas sociales tan enredadas en las mallas del privilegio instantáneo del rentismo y del presentismo que no conciben mayor suplicio —para ellas, enteramente simbólico: por más que padecan en manos de las ideologías diseñadas para ahorrar tiempo, pues no logran, por así decir, gastarlo<sup>31</sup> en el “presente prolongado”<sup>32</sup> en que circulan— que la hasta ayer cotidiana experiencia de la espera. Aunque ciertamente no sea la misma experiencia de clase, sin siquiera reparar —suprema distracción de *grand seigneur*— que las clases castigadas con la pena de la espera indefinida no tienen problemas de *agenda*,<sup>33</sup> en función de los cuales suelen ocurrir los atascos y las explosiones de impaciencia de nuestras “sociedades de la satisfacción inmediata”.<sup>34</sup> Es verdad que los encastillados en las fortalezas oligárquicas siempre podrán alegar la simetría de la apropiación directa en la locura de matarse por unas zapatillas o algo por el estilo.<sup>35</sup>

Si aún hubiera duda respecto a la matriz práctica de toda la tecnología actual de contracción del tiempo en el encuadramiento de los individuos por la lógica del *delay cero* —las nuevas estrategias de gestión y subordinación del trabajo por la movilización total de los implicados dentro y fuera de su mundo—, bastaría consultar el amplio inventario de Nicole Aubert.<sup>36</sup>

<sup>31</sup> Thomas Hylland Eriksen, *Tyranny of the Moment: Fast and Slow Time in the Information Age* (Londres, Pluto, 2001).

<sup>32</sup> En la fórmula sugerida por Helga Nowotny en *Le temps à soi: genèse et structuration d'un sentiment du temps* (París, Maison des Sciences de l'Homme, 1992), cuyo argumento examino en “O novo tempo do mundo”, publicado en las pp. 27-97 de este volumen.

<sup>33</sup> Jean-Pierre Boutinet, *Vers une société des agendas: une mutation de temporalités* (París, PUF, 2004, Sociologie d'Aujourd'Hui).

<sup>34</sup> Zaki Laïdi, *Le sacre du présent* (París, Flammarion, 2000).

<sup>35</sup> Así quedan hermanados en el mismo estereotipo los oligarcas bienpensantes y la “izquierda punitiva”, a quienes solo puedo recomendar el artículo de Cecília Coimbra, “Modalidades de aprisionamiento: processos de subjetivação contemporâneos e poder punitivo”, en el mencionado volumen colectivo, Pedro Vieira y Vera Malaguti Batista (eds.), *Depois do grande encarceramento* (Rio de Janeiro, Revan, 2010).

<sup>36</sup> Con la colaboración de Christophe Roux-Dufort, *Le culte de l'urgence: la société malade du temps* (París, Flammarion, 2003).

Una vez más: el giro punitivo que acompaña un nuevo régimen de acumulación, cuya asociación con la regulación coercitiva del trabajo de los pobres Wacquant fue el primero en destacar con el vigor que conocemos, tiene que ver con este designio de reenfocar el gobierno de poblaciones supuestamente lentas hacia una otra celeridad, distinta de los ritmos del antiguo régimen fordista. La presión temporal permanente ahora es otra, por eso se castiga ejemplarmente cuando se impone el sinsentido de la pura pérdida de tiempo a los perdedores aprisionados, ya que el fantasma de los activos es la imposibilidad absoluta de perder tiempo.

Dos palabras sobre la expresión “sociedad de la satisfacción inmediata”. Esta se debe al sociólogo alemán Gerhard Schulze, al identificar en la matriz contemporánea de la sociedad actual, en un estudio publicado en 1992, eso que él llamó *Erlebnisgesellschaft*, en la cual precisamente la supremacía de la experiencia vivida, o mejor la “vivencia” que, en rigor, de “experiencia” no tiene nada, provoca una desarticulación explosiva de la noción social de “límite”. En el comentario de Zaki Laïdi, se trata de un aumento exponencial de tal orden en las opciones de vida y elección disponibles que enreda al individuo

en una lógica de elecciones incessantes que deben tomarse continuamente en un mar de posibilidades que lo sumerge. Sucede que esas posibilidades ya se encuentran en un régimen de libre acceso: simplemente están ahí. Y, por lo tanto, ya no tienen nada que ver con un horizonte.<sup>37</sup>

El énfasis es mío, solo para recordar que esa noción de horizonte —sobre todo cuando se asocia a la idea de *espera*, en la formulación hoy paradigmática de Reinhart Koselleck—<sup>38</sup> nos llevaría lejos, precisamente por estar en el corazón de nuestro argumento, aunque con el signo cambiado, pues las zonas de espera que estamos empezando a analizar —y comenzando por el gran encarcelamiento según Wacquant— se definen justamente por ese borramiento del horizonte. Traducido en términos sencillos, aún por el mismo teórico del *presentismo* contemporáneo, y variando, a su vez, el esquema básico de Koselleck, según el cual la espera o la expectativa (*Erwartung*) es ante todo un horizonte y como tal se aleja a medida que avanzamos y se sitúa,

<sup>37</sup> Zaki Laïdi, *Le sacre du présent*, cit., p. 115.

<sup>38</sup> Por ejemplo, en *Futuro passado: contribuição à semântica dos tempos históricos* (trad. Wilma Patrícia Mass e Carlos Almeida Pereira, Rio de Janeiro, Contraponto/PUC, 2006).

por tanto, mucho más allá de toda experiencia, articulada en contrapunto como un campo presente del cual aquél horizonte proyectivo se distancia a medida que la historia misma se temporaliza, conforme se cristaliza a su vez el sentimiento moderno por excelencia de que el tiempo “va a algún lugar” y por eso, desde entonces, la humanidad siempre espera por algo —para hablar como el Galileo de Brecht— mucho más allá de lo real disponible en la vivencia inmediata. Vemos, por lo tanto, que el *actualismo* de hoy se caracterizaría mejor como una desarticulación tal de esas dos dimensiones que el presente pasa a concentrar toda la sobrecarga de expectativa dirigida en otros tiempos al futuro, de tal suerte que todo llamado a la acción responde a una exigencia inmediata del instante, responde a una *urgencia* cualquiera, que a su vez vuelve *dramática* toda coyuntura:<sup>39</sup> por más frívolo que pueda parecer el actual llamado presentista, su protagonista es un personaje sumergido por obligaciones temporales exigibles a quemarropa.<sup>40</sup>

Una vez recordados los términos en los que Koselleck redefinió nuestra comprensión actual de la espera y, con ella, la noción básica de la experiencia de la historia cuya mutación radical es precisamente la clave del descontrol contemporáneo, volvamos al modelo de la sociedad de la “satisfacción inmediata”, retraducida por Zaki Laïdi. Es decir, al eclipse del horizonte de expectativas a medida que se comprime hasta su grado cero la distancia simbólica entre la espera y lo vivido: en ese momento, cuando anclamos nuestras esperanzas en un campo de experiencia restringido a la proximidad de la vida, el mundo desaparece como perspectiva y el “Yo deja de ser horizonte para convertirse en el núcleo duro de las condiciones de posibilidad de la experiencia”. Dejando de lado la fórmula kantiana de encantamiento, estamos hablando del mismo Yo narcisista y sitiado que Christopher Lasch diagnosticaba al término de los así llamados treinta años gloriosos de la posguerra.<sup>41</sup> Y ya que pronto nos confrontaremos con la figura correlativa de la *impaciencia*, no veo mejor ilustración de lo expuesto acerca del estrechamiento temporal característico de una sociedad centrada en la vivencia que el retrato del adolescente a punto de caer en depresión —“una crisis inconveniente que debe

<sup>39</sup> François Ost, *Le temps du droit* (París, Odile Jacob, 1999), p. 277.

<sup>40</sup> Zaki Laïdi, *Le sacre du présent*, cit., p. 8.

<sup>41</sup> Christopher Lasch, *O mínimo Eu: sobre vivência psíquica em tempos difíceis* (trad. João Roberto Martins Filho, São Paulo, Brasiliense, 1986), p. 83.

ser medicada con urgencia para que el chico, o la chica, vuelva a participar en la fiesta de los incluidos”— esbozado por Maria Rita Kehl:

La adolescencia del tercer milenio ya no se parece a la travesía del terreno desconocido que el sujeto emprende para reencontrarse —como el joven Siddhartha, personaje del libro de cabecera de hace treinta años—. La adolescencia contemporánea no es un tránsito, es una llegada abrupta, tal vez precoz, a un lugar privilegiado que los chicos y las chicas no tuvieron que conquistar.<sup>42</sup>

La “fiesta de los incluidos” es otra zona de espera. Solo que positivizada, pues al fin y al cabo se trata de “incluidos” y, siendo así, en esa otra zona el horizonte de espera se ha disipado de una vez por todas en un presente absoluto. En rigor, en la fiesta de los incluidos —uno de los grandes laboratorios de la “euforia perpetua”— no pasa nada, no hay actos, solo escenas, en el juicio fulminante de Gay Talese, apenas se ha inaugurado la Era de la Fiesta en Estados Unidos.<sup>43</sup> En un estudio sobre el trance festivo en el que transcurre el tiempo infinito de la conjunción nocturna de química, música y computador, Tales Ab'Sáber cierra el argumento —una generación después del consumo de mercancías orgiásticas, en un momento álgido de lo que se podría llamar una bohemia favorable, desde que se industrializó y digitalizó—, mostrando que, en efecto, “se celebra el hecho de no haber nada que celebrar”.<sup>44</sup> El alivio, finalmente, de una liberación verdaderamente distópica. Así, todo ocurre, al celebrarse la dimensión radicalmente antiutópica de su cultura —por cierto, fabricada *sur place* como en una cinta de *fast-food*—, como si el músico *techno* y su gente de la noche estuvieran, a su vez, desmenuzando en términos bien palpables el axioma filosófico básico del presentismo contemporáneo: la gran mutación histórica de nuestro tiempo es la experiencia nueva y paradójica, ella misma histórica, de la anulación de la expectativa de cualquier cambio.<sup>45</sup>

42 Maria Rita Kehl, “Depressão e imagem do novo mundo”, en Adauto Novaes (org.), *Mutações: ensaios sobre as novas configurações do mundo* (Rio de Janeiro/São Paulo, Agir/SESC, 2008), p. 301.

43 Gay Talese, “A festa acabou”, en *Fama e anonimato* (trad. Luciano Vieira Machado, São Paulo, Companhia das Letras, 2004), p. 435-7.

44 Tales Ab'Sáber, *A música do tempo infinito* (São Paulo, Cosac Naify, 2012).

45 Véase el comentario de Franklin Leopoldo e Silva, “Descontrole do tempo histórico e banalização da experiência”, en Adauto Novaes (org.), *Mutações: ensaios sobre as novas configurações do mundo* (Rio de Janeiro/São Paulo, Agir/SESC, 2008).

Si avanzamos un poco más en compañía de Tales, nos encontraremos con lo que se podría llamar en fin la zona gris de la ola punitiva contemporánea, en este caso la *suspensión del tiempo* en esas zonas liberadas por una noche sin fin, reuniendo “clubbers, empresarios, viajeros, hippies, criminales y músicos” en torno a deseos hipergratificados, en la enumeración caótica de un ideólogo de la cultura *ecstasy*, ella misma una rama del juvenilismo que derribó reglas en nombre de opciones. Me refiero a su mención y su glosa en un artículo en el que Žižek acerca las patéticas manifestaciones literarias de un *condottiere* de limpiezas étnicas como el líder nacionalista serbio Radovan Karadžić —en las cuales incita a sus súbditos a “entregarse” de lleno a las bebidas fuertes y a la “inclemencia” — al universo infrapolítico radical de la película de Kusturica, *Underground: mentiras de guerra*, ambos componiendo una constelación precisa de trance destructivo permanente y llamados a la brutalidad obscura de un superyó enemigo de todas las prohibiciones: la escenificación fantasmal de la残酷za expiatoria en las guerras de desintegración de la ex-Yugoslavia. Tal es la “profunda política de la maldad” en este mundo nocturno de la fiesta infinita: en él, en suma, “no se debe esperar nada”.<sup>46</sup> En esa zona de espera singular, el “miedo a detenerse” que en ella impera no se debe, por lo tanto, exclusivamente al efecto alucinatorio de la vida bajo drogadicción.

Dicho todo esto, nunca será excesivo recordar que toda esta configuración de velocidad, aceleración y satisfacción inmediata, exponenciada por la intensificación presentista de la experiencia vivida, tiene sus raíces en la prehistoria fordista de nuestro mundo, como atestigua la asociación entre automóvil y *fast-food* en el capitalismo de la inmediata posguerra, estudiada por Isleide Fontenelle en la primera parte de su libro enciclopédico sobre el valor de la marca —McDonald’s, en este caso—. En aquellos años, recuerda un historiador oficial de McDonald’s, el país ya era “más rápido, más móvil y más orientado hacia la conveniencia y la gratificación inmediatas”.<sup>47</sup> El viejo superyó punitivo ya comenzaba a soltar amarras y levantar vuelo. En un país “con prisa por construir el futuro”, en la alusión sarcástica de Don DeLillo citada en epígrafe, era de esperar, más temprano que tarde, que los

<sup>46</sup> Tales Ab'Sáber, *A música do tempo infinito*, cit., p. 26.

<sup>47</sup> John Love, *McDonald's: a verdadeira história do sucesso* (trad. Davi Soares e Aurea Weissenberg, 5. ed., Rio de Janeiro, Bertrand Brasil, 1996), citado en Isleide Arruda Fontenelle, *O nome da marca: McDonald's, fetichismo e cultura descartável* (São Paulo, Boitempo, 2002), p. 60.

vencedores en esa carrera comenzaran a organizar el castigo de los rezagados, inmovilizando de una vez a los que ya perdían velocidad.

Sea como fuere, el hecho es que una tremenda mutación temporal ha puesto patas arriba el mundo que el capitalismo vencedor está reorganizando y gobernando. Mutación cuya fractura expuesta se encuentra justamente en el giro punitivo operado por el estado bifurcado estudiado por Wacquant. De ahí las *dos esperas*, una disciplinadora de la inseguridad social alimentada por la inquietud del trabajo descalificado; otra que envenena la “euforia perpetua”<sup>48</sup> de las nuevas clases cómodas que el capital suele acariciar con una mano y atormentar con la otra.

## 8

Dado que la aceleración social del tiempo es una evidencia que se extiende por el conjunto de sociedades cada vez más antagónicas, aunque gobernadas por la fabricación de consensos, la marea punitiva que la acompaña desciende necesariamente bajo la forma de inmovilizaciones, de ahí el verdadero sentimiento de tiempo muerto que esta onda de choque disemina a su paso. Literalmente, un contratiempo. Que se traduce, como estamos viendo, en una inédita y masiva experiencia negativa de la espera. En realidad, dos esperas, como se ha dicho: una experimentada en el polo dominante como un estorbo cuya eliminación también se compra y otra en la base comprimida de la pirámide, que la sostiene a pesar de ello como un *surplus* de sufrimiento que hace la diferencia. Y, sin embargo, no es menos evidente la paradoja de que ambos polos están afectados por una misma anulación de expectativas, como también se ha sugerido.

Retomemos el argumento sobre la exasperación de los de arriba, a favor de quienes sopla el viento punitivo. Y recomendemos, para variar, por el dispositivo más característico de la actual contracción espacio-temporal, el aeropuerto, y particularmente en su condición de encrucijada internacional, pues la lista de obstáculos y barreras que estamos señalando, al fin y al cabo, es ante todo del orden de la frontera, sea esta política, social, jurídica, etc. Es que, por más insólito que parezca, avión rima con espera cada vez más. Pues fue de tanto hacer fila en el aeropuerto, hasta el punto de ebullición,

---

<sup>48</sup> Por citar de nuevo, aunque sólo sea el título, de Pascal Bruckner, *A euforia perpétua: ensaio sobre o dever de felicidade* (trad. Rejane Janowitz, São Paulo, Difel, 2002).

que el africanista (pero no solo) Jean-François Bayart llegó a la conclusión, también paradójica, de que en un mundo globalizado por el capital *la única urgencia es la espera*.<sup>49</sup> No obstante, una espera muy específica del momento actual de la globalización: mientras el capital fluye, la fuerza de trabajo de las poblaciones en peregrinación perpetua es compartimentada y comprimida por una gama variada de coerciones. La más sutil y omnipresente de todas ellas, la espera, es decir, el *disciplinamiento por la espera*. Esta rige incluso toda una técnica del cuerpo en un momento histórico en que otra vez las personas son inmovilizadas en “columnas de a uno”, puestas en su lugar, en suma. De ahí la tremenda novedad del “dispositivo” McDonald’s estudiado por Isleide Fontenelle:<sup>50</sup> hacer fila para conseguir comida (digámoslo así) en una cafetería banal deja de serlo cuando nos damos cuenta de que eso solo ocurría en prisiones, situaciones de guerra o indigencia económica extrema, como en la Gran Depresión. A finales de los años 1940, cuando los dos hermanos McDonald dieron rienda suelta a su nuevo negocio, estos escenarios de emergencia aún estaban bien vivos en la memoria de los consumidores y, sin embargo, pronto serían borrados por la aceleración de la motorización individual. Como recuerda Isleide, al juntar carro y restauración rápida, ambos estandarizados y masificados, en la producción y el consumo, el *fast-food* vino a responder a la “prisa urbana”, de modo que la rapidez motorizada acabó imponiendo la anormalidad civilizada del paladar homogeneizado. Hay quienes ven en este final de la línea el producto de la guerra, encontrando los precursores del *fast-food* en los “racionamientos del tiempo de guerra y en las técnicas de alimentación que proporcionaban ‘raciones’ para millones de tropas en Europa”. Sea como fuere, Isleide aprovecha la oportunidad para plantear otra cuestión —la nuestra, por el momento—, algo que hoy parece la cosa más natural del mundo al comer en restaurantes (sic) *fast-food*, y que no deja de ser intrigante, por decir lo menos: la *fila*. Sigue a continuación la observación que nos interesa. Al fundir en un solo bloque la nueva “prisa urbana” y la fila que la modula, ora acelerando, ora retardando, dosificando la ansiedad de los que esperan, dóciles aunque impacientes, se derivarán por cierto, de esa *mise au rang* generalizada —la expresión francesa empleada por Bayart es mucho más drástica—, procesos inéditos de subjetivación, que Isleide comenzó a inventariar en el último

49 Jean-François Bayart, *Le gouvernement du monde*, cit.

50 Isleide Arruda Fontenelle, *O nome da marca*, cit., p. 85.

capítulo, comenzando por el tipo de “sujeto” moldeado por la cultura de lo desechable que el *fast-food*, si no inventó, entronizó de una vez por todas.

Del mismo modo, las compañías aéreas, que también sirven sándwiches de fantasía y prometen sensaciones de ligereza y entretenimiento a bordo, son ante todo instituciones disciplinarias. Y no solo por “canalizar” a sus pasajeros, que se enfrentan a filas interminables, cancelaciones arbitrarias, explicaciones de fachada, etc., sino también por ejercer funciones de vigilancia, desde los más anodinos controles hasta los efectivamente policiales, desde la simple verificación de visados hasta la alimentación de fichas y registros con los datos de ese flujo perenne. Con tanto control y vigilancia, no sorprende que la inflación de las múltiples esperas se sienta como una orquestación punitiva. Ciertamente nada literal, claro, pero las explosiones de cólera —sobre todo en las ocasiones en que la avería generalizada parece instalarse en la inmensa sala de espera extendida por todos los rincones de una terminal aérea— corresponden a un sentimiento absurdo de perjuicio desmesurado: como la demanda se reviste de una urgencia creciente, toda espera se sufre como un escándalo intolerable, menos por el daño real del retraso que por la afrenta lógica causada por el espectáculo de la inmovilización en el interior de una máquina de compresión y aceleración del tiempo, que parodia, además, las infames filas para todo del socialismo real. Mientras esperan y rumian la frustración, algunos filosofan sobre la degradación de la espera rebajada a la condición de mero atraso, pero elevada a la condición de absurdo ontológico: por un lado, la impaciencia hierve hasta el punto de pasar a la acción, por otro, la nueva disciplina metafísica glosa esa última ironía de la condición posmoderna, y así seguimos.<sup>51</sup> Otros, sin embargo, escapan por el mercado del *bypass*, coronación de todo este engranaje comercial-existencial. Instituida la disciplina, se trata de redistribuirla remodelando la escala de las superioridades sociales. Como se recuerda, el canto de sirena capitalista dirigido al otro lado del Muro era la bienaventuranza de un mundo sin filas. Sin embargo, tan pronto como la victoria del capital reunificó el mundo en un solo mercado, siguió un colosal adiestramiento de las poblaciones concernidas, en particular mediante el sometimiento a través de la espera, entre otras tantas tecnologías de ejercicio privilegiado del poder. Ahora bien, “ni siquiera el crítico más astuto del capitalismo fue capaz de

<sup>51</sup> Para un breve resumen de estas distinciones —espera prosaica en una fila; espera pura, cuando, por ejemplo, “aquello que debe ocurrir está fuera de alcance [*hors de toute attente*]”—, véase Jean-Pierre Boutinet, *Vers une société des agendas*, cit., p. 212-3.

prever que el no someterse a las filas se fuese a convertir en mercancía”, como observa Luiz Carlos Azenha sobre el mercado estadounidense de compra y venta de tiempo ahorrado.<sup>52</sup> En pocas palabras, desde las terminales aéreas y ferroviarias hasta Internet, “carriles exclusivos para quienes puedan pagar más. Para los demás, fila”. Sin embargo, quien compra la fuga de la disciplina de la espera paga al gobierno con una mercancía valiosa, como se ha señalado, datos personales proporcionados a una agencia encargada de velar por la seguridad del transporte, a su vez ligada al omnipresente Departamento de Seguridad Nacional, a la hora de validar el *chip* ábrete-sésamo: se escapa del castigo de la fila al precio de una red de vigilancia aún más fina.<sup>53</sup>

Filosofando un poco, digamos que la espera hoy se encuentra en el corazón de una ontología muy especial del presente. Al contrarrestar y frenar las nuevas temporalidades de lo inmediato y la urgencia, la espera se ha convertido en algo que “excede” a los individuos, cualquiera que sea el origen social de la presión que los opprime, imponiéndoles una prueba precisamente excesiva: “Una espera multiforme y de conformación inusual nos opprime: no poder hacer nada en un momento que se tiene tanto por hacer o, por el contrario, no saber qué hacer cuando ya no se tiene nada por hacer: el absurdo en persona, y vivido”.<sup>54</sup> Esta mezcla vaga de sentido común y existencialismo recalentado no debe, sin embargo, confundirnos. Bien o mal descrita, el hecho es que la orientación espacio-temporal del capitalismo cambió de rumbo e ingresó en otra dimensión de la experiencia de la historia, o en un nuevo régimen de *historicidad* como prefieren decir algunos historiadores que, no por casualidad, se identifican como historiadores del presente, dado que este nuevo régimen de la experiencia social del tiempo se caracteriza por esa inédita, si se puede decir así, *omnipresencia del presente*<sup>55</sup> que todos

<sup>52</sup> Luiz Carlos Azenha, “A era do privilégio: pistas exclusivas nas estradas, filas rápidas nas alfândegas, internet superveloz. Serviço público também virou mercadoria”, *CartaCapital*, n. 496, 21 maio 2008, p. 40.

<sup>53</sup> En las páginas en las que se analiza la expansión del *bypassing system* en las ciudades cableadas, y dualizadas, en *Splintering Urbanism*, Graham y Marvin recuerdan el origen militar del método, empleado originalmente en lugares estratégicos sometidos a mecanismos de alta vigilancia. Véase Stephen Graham y Simon Marvin, *Splintering Urbanism: Networked Infrastructures, Technological Mobilities and the Urban Condition* (Londres, Routledge, 2001).

<sup>54</sup> Traduzco libremente, Jean-Pierre Boutinet, *Vers une société des agendas*, cit., p. 31-2.

<sup>55</sup> François Hartog, *Régimes d'historicité: présentisme et expériences du temps* (París, Seuil, 2003); François Dosse, *Renaissance de l'événement: un défi pour l'historien: entre sphinx et phénix* (París, PUF, 2010, Le Noeud Gordien).

llaman genéricamente Presentismo, deslizándose de todos modos a lo largo del eje de la aceleración y la urgencia. Contra las cuales se choca frontalmente el contratiempo inmovilizador de la espera, como estamos viendo en todo momento. Y no se trata de un residuo del antiguo régimen, en este caso, la experiencia moderna de la temporalización de la historia: la espera también cambió, dejó básicamente de ser un horizonte. Se ha convertido, al contrario, en una disciplina, además inculcada masivamente, como empezó a notar Jean-François Bayart al analizar, como si nada, un simple *fait divers*, la expansión del poder disciplinador de las ineludibles filas, para concluir que tal *disciplina de la espera* sería inherente al régimen de historicidad que caracteriza el momento actual de la acumulación globalizada. Así, la onda de choque tras la reactivación contemporánea del poder punitivo ganará en comprensión al ser incluida en el ámbito de este nuevo régimen. Si el propósito (o la falta de él) es intensificar el sufrimiento social disciplinador, nada mejor (o peor) que la espera sin horizonte. En la inmediata posguerra, el ojo clínico de un Samuel Beckett le permitió cerrar el diagnóstico, al ver que esta sería la cifra del nuevo curso del mundo. Pero se trataba de teatro y no de un juicio político categórico, nunca está de más recordar.

## 10

¿*Fast track* para las “élites cinéticas”, filas de espera para el común de los mortales? En realidad, más mortales que comunes, pues en esta escala no hemos llegado todavía al fondo del pozo. Pero allá abajo la disciplina se transforma en otra cosa: el vacío jurídico que envuelve el “campo” en el que la fila de los desesperados se ha disuelto, la *zona de espera* propiamente dicha. La más temida de ellas —y por eso mismo una referencia incluso para las autoridades estadounidenses— se encuentra en el aeropuerto Roissy Charles de Gaulle y lleva el nombre de *ZAPI*: *zone d'attente pour personnes en instance*. El uso de la última palabra dice todo acerca de la verdadera naturaleza de estos *centros de retención*. El barniz jurídico-administrativo que recubre la enrevesada expresión “en instancia” sugiere de entrada el carácter suspensivo característico del estado de espera que se abate sobre los individuos atrapados en esa verdadera zona de secuestro, de la cual nadie sabe nada, ni siquiera dónde se encuentra. Sustraídos de la vista pública, estancados en el tiempo lento, privados ante todo de derechos, que no por casualidad se encuentran justamente “en instancia”,

bajo el cuidado de quién sabe qué órgano procesador de documentos que esas personas-en-instancia generalmente no poseen, y cuando sí, siempre son dudosos. Recién desembarcados, antes incluso de enfrentar los controles habituales, estos individuos, rápidamente señalados por detalles que un ojo con una larga memoria colonial identifica de inmediato, son desviados de la fila, digamos, *mainstream* hacia las veredas de la *underclass*, donde la espera transcurrirá indefinidamente “en la incertidumbre, en la suciedad y en el mal olor”.<sup>56</sup> Breve relato de una incursión en esos *huis-clos* de Roissy: en uno, el estado de espera “en instancia” ya se extendía por dos inconcebibles semanas; en otro, una docena de personas llevaban seis días esperando, sentadas en banquetas frente a un puesto policial; en el mejor de los casos eran alimentadas por el personal de limpieza, cuando la situación se volvía crítica recurrían a las basuras de una cafetería cercana; en cuanto a los funcionarios, la respuesta estándar decía invariablemente que había que esperar.<sup>57</sup> En una palabra, en el caso del autor del artículo, *las personas que esperan simplemente no existen*. Particularmente esas de cuyo trabajo futuro (previamente entrenado para la flexibilización total, como se está viendo), intermitente o francamente clandestino, depende toda la infraestructura de la globalización. Una espera así, por lo tanto, no es extrínseca, por así decirlo, un resumen de la condición del extranjero que nunca termina de llegar; al contrario, no hay nada más intrínseco a este reverso punitivo de la globalización que esta *mise en attente* coercitiva. Aunque con frecuencia culmina en una expulsión, la espera, mientras dura extendida o abreviada por mero arbitrio administrativo, promueve de hecho una inclusión perversa, como se dice torpemente en la lengua franca de los programas sociales. Se comprende que transcurra en un espacio a medio camino entre la prisión y el campo —este último, en un extremo histórico, de concentración, en el otro, de refugiados, en términos que pronto se indicarán—.

Una persona “en instancia” espera en un limbo jurídico. Al tocar la puerta pidiendo paso, y precisamente ante la puerta de la ley, se encuentra efectivamente fuera de la ley. En rigor, la zona de espera funciona al margen del derecho. Exactamente como la prisión según Wacquant: “La prisión, que supuestamente debería hacer respetar la ley, es de hecho, por su propia organización, una institución fuera de la ley” —si se piensa en la arbitrariedad administrativa, la indiferencia general, el despotismo burocrático que impera

<sup>56</sup> Jean-François Bayart, *Le gouvernement du monde*, cit., p. 412.

<sup>57</sup> Material del periódico *Libération*, citada por ibidem, p. 411.

en las instituciones penitenciarias, “en el ‘tribunal interno’ de la prisión, donde la administración juega con vidas humanas sin control ni recurso, teniendo como única preocupación la administración del orden interno”—.<sup>58</sup> En cuanto al campo —nuestra otra comparación excesiva, aunque exacta, pues el exceso es la norma en toda esta configuración contemporánea, empezando por el retorno del punitivismo, por supuesto—, la superposición entre el campo y la zona de espera se debe a Giorgio Agamben, cuyo enfoque, sin embargo, sintomáticamente pasa lejos de la “espera”, dada la incongruencia entre la concentración del campo y algo como un horizonte de expectativa, pues en él el tiempo en suspensión está de hecho muerto. Y sin embargo no debería ser así, pues fue nada más ni nada menos que la memoria de ese horror —o su anticipación igualmente aterradora— la que precipitó la presunción de que quizás el mundo y su horizonte de espera realmente se han eclipsado por completo, como lo atestiguan dos evidencias artísticas, de cuya fuerza de convicción es muy difícil escapar sin vaciarse la cabeza de una vez por todas.

Me refiero, por supuesto, al hecho de que la notoria antipatía de Kafka por el tiempo que fluye —ese tiempo paralizado por el pánico es a su vez inseparable de una alucinante automatización del castigo en detrimento de la “culpa”, que invariablemente la sigue, y no al revés, de acuerdo con una de las tantas inversiones operadas por las fábulas realistas kafkianas— alcanza su visibilidad más desconcertante en la situación recurrente de una interminable “espera-en-la-antesala” en la que aprisiona a sus personajes, por cierto, justamente en el lado de afuera. Todo esto fue señalado en el notable estudio de Günther Anders.<sup>59</sup> No voy, obviamente, a incursionar en una enésima interpretación de la parábola “Ante la Ley”. Mucho menos sería el caso de decir sin más que los excluidos en estas zonas de anomia salvaje se enmohecen Ante la Ley. A menos que la Ley de Kafka sea interpretada directamente como emanación del poder arcaico de funcionarios oscuros. Lo que tampoco sería el caso, aunque las personas que allí se encuentran, en buen francés, *en souffrance*, buscan por todos los medios ajustarse, como el agrimensor, para finalmente ser admitidas en el Castillo, no por casualidad llamado hoy Fortaleza Europa. De todos modos, es plausible recordar —y dejar que la imaginación histórica corra por su cuenta— que el Guardián,

<sup>58</sup> Loïc Wacquant, “A prisão é uma instituição fora da lei”, en *Punir os pobres*, 1. ed., cit., p. 142.

<sup>59</sup> *Kafka: pró e contra* (trad. Modesto Carone, São Paulo, Perspectiva, 1969; Cosac Naify, 2007).

al impedir la entrada del hombre del campo, se limita a dejarlo afuera, mandándolo por así decirlo a esperar en la fila —a la pregunta de si podrá entrar más tarde, el portero responde que es posible, pero no ahora—. Pero una fila propiamente mítica, ya que es de uno solo, la excepción misma de una ley tallada para un único individuo, imponiéndole una espera de la vida entera, inmovilidad que, sin embargo, no se atrevió a romper, como sabrá en el momento de la muerte. Sin embargo, expulsado el demonio de la analogía por una puerta, vuelve por la otra. Nótese, por ejemplo, el inusitado aire de familia kafkiano de este fragmento de prosa:

El sistema de peticiones es una herencia de la China dinástica y existe desde hace al menos mil años. Los que lograron superar las distancias y llegar a la capital tenían el privilegio de exponer sus casos al Emperador, quien instruía a los representantes locales sobre cómo proceder para resolver el problema.

Quien recuerda las historias de Kafka sobre la fabulosa construcción de la Gran Muralla China, sabe que “superar distancias” tan incommensurables como el tiempo transcurrido atravesándolas, especialmente cuando uno llevaba un mensaje del Emperador, no es exactamente el caso. La China contemporánea se encargará de probar que el camino inverso de la petición es, de hecho, una pesadilla kafkiana tomada literalmente —otra especialidad de Kafka: tomar todo literalmente—. El extracto de prosa en cuestión es periodístico, tomado de un informe de Cláudia Trevisan, corresponsal del *Estado de S. Paulo* en Pekín.<sup>60</sup> Lo que sigue habla por sí mismo:

Todos los días, a partir de las 7:40 a.m., cientos de personas hacen fila para presentar peticiones al Departamento de Cartas y Visitas [sic] en Pekín, con la esperanza de que el Gobierno intervenga para remediar las injusticias que creen haber sufrido en sus ciudades y aldeas de origen. Sus historias son casi siempre trágicas e involucran abuso de poder, violencia, tortura, pérdida de hogares, tierras, salarios, salud o libertad. Muchos viajan miles de kilómetros hasta la capital, donde se instalan a la espera una decisión que casi nunca se toma. Algunos han estado esperando más de una década y, cada tres meses, vuelven a presentar sus solicitudes en la misma oficina,

---

<sup>60</sup> “Na China, petição vira última esperança”, *O Estado de S. Paulo*, 24 abr. 2011, p. A14.

ubicada en la Puerta de la Estabilidad Eterna [sic], a cinco kilómetros al sur de la Ciudad Prohibida.

Millones de chinos Ante la Ley. Un solo Guardián. Es cierto que las disciplinas de espera han evolucionado, acompañando el giro punitivo del capitalismo global:

Engañados con promesas de recompensa financiera o solución a sus problemas, algunos son despachados de inmediato. Otros son confinados en prisiones ilegales, donde pasan semanas o meses en condiciones subhumanas. Aun hay quienes terminan en hospitales psiquiátricos, de los cuales no siempre son rescatados.

Consumada la visión profética de Kafka, en la estela inmediata de la conocida hecatombe, por eso mismo nunca convocada, por decirlo de algún modo, nunca de cuerpo presente en la escena, Beckett se centrará a su vez en la figura poco destacada de dos pobres diablos, entre *clochard* y *clown*, que simplemente *esperan* y nada más. Solo que ese suplemento de inmovilización total es en sí mismo la clave de una inversión tal que cambia el sentido de esa nueva espera después de que lo inenarrable haya sobrevenido finalmente como un accidente histórico absoluto, esparciendo a su alrededor fragmentos de acontecimientos y trozos de conversaciones sin ton ni son. Pues, en contraste con el *pathos* declamatorio que anima el gesto de los desesperados clásicos, Vladimir y Estragon no salen de escena, no se van porque ya no esperan nada, sino que se quedan, ya sea por terquedad, pereza o apatía, ya que permanecen sin moverse del lugar: entonces esperan. Una vez más me estoy apoyando en otro artículo implacable de Günther Anders.<sup>61</sup> Se trata obviamente de una interpretación de *Godot* en clave deliberadamente antiteológico-metafísica, como también ocurre en el caso del ensayo sobre Kafka, empezando por su paródico título, “Ser sin Tiempo”. Pues en esa inmensa zona de espera en la que el mundo, después del Campo y la Bomba, se ha convertido, Vladimir y Estragon no cesan de parodiar una “actividad” que nos hemos acostumbrado a llamar “trabajo” y que en ese ínterin (¿cuál exactamente?) ha perdido su sentido. Pero dejémoslo aquí.

<sup>61</sup> Publicado en 1954 en una revista suiza y después recogido en un libro de 1956, *L'obsolescence de l'homme* (París, Ivréa, 2001), p. 243-60 (en el original, *Die Antiquiertheit des Menschen*).

Salvo por una mención más que significativa: en el párrafo de apertura de un pequeño estudio didáctico sobre la obra de Beckett, Bernard Lalande afirma que, hasta donde sabe, solo un público, y solo uno, se dejó “llevar” unánime y espontáneamente por una representación de *Esperando a Godot* sin ninguna explicación previa: los cuatrocientos condenados de la penitenciaría de San Quentin (California), en una noche de noviembre de 1957.<sup>62</sup> La circunstancia habla por sí misma. La fecha también dice algo por sí sola. Apenas cuatro años después del estreno mundial de la obra, la visión del antiespectáculo de los dos pobres diablos inmovilizados en el tiempo muerto de una espera indefinida aún podía conmover hasta la médula a un público rudo que había asistido únicamente con la “expectativa” (*ansioso*, como todo público que se presenta a la entrada de un teatro) de molestar a las actrices, que ciertamente estarían disponibles para lo que pasara, pero que, no obstante, quedó mudo desde las primeras réplicas, sin moverse hasta el final. No basta con observar que, desde Homero, el estado de un ser humano que espera arrastra consigo a sus semejantes. Hoy es necesario saber cuándo esa gravitación conjunta dejó de serlo y *se banalizó* al punto de que toda espera se convirtiera en un contratiempo irritante, por contrariar una demanda urgente, como se ha visto. El argumento sugerido hasta aquí gira en torno a esa notable contracción del horizonte del mundo —no cuesta repetir e insistir nuevamente que esta es la fecha histórica del giro punitivo señalado por Wacquant—. Además de escapar en la primera ocasión, nunca sabremos con certeza qué esperaban los prisioneros de San Quentin mientras acompañaban la Gran Espera de Vladimir y Estragon. Sea como fuere, el hecho es que pocos años después, a principios de los años 1960, la población carcelaria estadounidense comenzó a disminuir regularmente a una tasa del 1 % anual, al punto de que algunos “penalogistas” comenzaron a considerar la arriesgada hipótesis de un eventual desencarcelamiento en marcha —como recuerda Wacquant—.<sup>63</sup> El motín de Attica en 1973, cuando 43 prisioneros y rehenes fueron masacrados en el asalto de las tropas de choque, estalló justamente —continúa nuestro autor— en el año en que la población carcelaria en los Estados Unidos alcanzó su nivel más bajo en el periodo de posguerra. Ese mismo año, una comisión recomendó al presidente Nixon el cierre de los centros para jóvenes detenidos y la paralización de la construcción

62 Bernard Lalande, *En attendant Godot: Beckett* (París, Hatier, 1970, Profil d’Une OEuvre, v. 16).

63 Loïc Wacquant, *Punir os pobres*, 3. ed., cit., p. 206.

de penitenciarías durante una década —mientras, por su parte, “la historiografía revisionista de la cuestión penal anunciaba el declive irreversible de la prisión: después de haber ocupado un lugar central en el dispositivo disciplinario del capitalismo industrial, estaba destinada a desempeñar un papel menor en las sociedades avanzadas”, diagnóstico canonizado por la obra maestra de Foucault dos años después—. En esta dimensión bien específica, podría decirse que promesas y perspectivas como estas elevaban el horizonte de otra espera —de San Quentin a Attica—. El resto lo conocemos bien: apenas en la década subsiguiente, de estancamiento y retroceso de la criminalidad, se operó el giro asombroso de la demografía carcelaria estadounidense, que se duplicó en diez años y se cuadruplicó en veinte. Cuando la Guerra Fría terminó, a más de un observador le pareció que el *gulag* había cambiado de bando. No es, por supuesto, que los escombros pos-estalinistas acumulados no se elevaran hasta el cielo.<sup>64</sup>

Incluso después del archipiélago de campos de la muerte, las tablas del escenario siguen representando el mundo, como en tiempos de Schiller, solo que ahora el mundo es una inmensa zona de espera, o mejor, un dispositivo de gobierno tal que en su dominio las zonas de espera proliferan en forma de “campos”. Por eso sorprende que Agamben, después de identificar en el campo la matriz oculta de la política donde aún vivimos —desde el momento del giro histórico en el que, a un orden jurídico sin localización, el estado de excepción en el que la ley es suspendida, corresponde desde entonces una localización sin orden, el campo, como espacio permanente de excepción, y que debemos reconocer, a través de todas sus metamorfosis contemporáneas, justamente pero no solo, las zonas de espera, desde nuestros aeropuertos hasta ciertas periferias de nuestras ciudades—,<sup>65</sup> haya dejado escapar el detalle capital de que en tales zonas es la disciplina de la espera la que funciona como palanca de todo el aparato suspensivo de esos territorios de excepción. Por lo demás, en su propia redescipción,

un lugar aparentemente anodino delimita, en realidad, un espacio donde el orden jurídico normal se encuentra de hecho suspendido y donde perpetrar o no atrocidades no depende del derecho sino tan solo del grado de civilidad

---

64 La expresión “escombros acumulados” circula en un joven círculo radical de Rio de Janeiro. Entre los destrozos del Presente, añadiría Manuel Bandeira, sin la mayúscula.

65 Giorgio Agamben, *Homo sacer: le pouvoir souverain et la vie nue* (París, Seuil, 1997), p. 188-9.

y del sentido moral de la policía que actúa provisionalmente como poder soberano.

Sobrevivir allí es antes que nada *aprender a esperar*, pero no esperar sin más, sino en una zona de no-derecho donde crece el poder punitivo, cuya microfísica, como estamos viendo, irradia por todas partes donde flotan esas poblaciones que transitan por fronteras críticas, tierras de nadie donde la vida se arrastra en el medio viscoso de una perspectiva, por así decirlo, sin horizonte.

Estudiando el nuevo orden espacial —formas de vida protegidas y conectadas, encapsuladas en archipiélagos defensivos, precisamente contra los desconectados e indefensos—, el arquitecto y urbanista italiano Alessandro Petti<sup>66</sup> llega a registrar más de 250 centros europeos de retención y triaje de inmigrantes, enclaves en el interior del archipiélago Europa, verdaderos territorios de excepción que no por casualidad denomina precisamente “espacios de suspensión”, lugares confinados y situados fuera del ordenamiento espacial y jurídico al cual, de todos modos, pertenecen. En su reconstrucción, la doctrina que instituyó estas zonas suspensivas —obviamente por motivos de urgencia y emergencia— fue introducida por Dinamarca (la misma Dinamarca que, en 2011, inauguró la primera ruptura del Acuerdo de Schengen sobre la libre circulación de personas dentro de la Unión Europea), a mediados de los años 1980, cuando recomendó transferir a los solicitantes de asilo a “puertos seguros”, más tarde rebautizados como *protection zone*. A finales de los años 1990, Italia, a su vez, directamente afectada por la inmigración mediterránea —sin mencionar el colapso de Albania y los acuerdos previos de contingencia y confinamiento con el gobierno libio...—, creó, con carácter de urgencia, su propio espacio suspensivo, denominado Centro de Permanencia Temporal y Asistencia (CPTA). Pertenece a la misma familia las islas griegas transformadas en campos de prisioneros, las zonas de amortiguamiento en las fronteras europeas de Malta, Lampedusa, etc. Digamos que el *approach* francés se destacaría por subrayar el término exacto para la fusión sarcástica entre lo permanente y lo temporal, como se expresa en el eufemismo italiano, por no hablar del hecho de que la palabra *attente* tampoco deja de abusar de un afecto fundamental de la especie. Registrado, además, en los correspondientes términos espaciales por el ojo del

<sup>66</sup> Alessandro Petti, *Arcipelaghi e enclave: architettura dell'ordinamento spaziale contemporaneo* (Milán, Bruno Mondadori, 2007), p. 164-70.

arquitecto: hoy ya no se domina más por el ancestral *divide et impera*; la nueva estrategia, según nuestro autor, está dictada por otro principio: “encastillarse y suspender”, observando, empero, que donde reinan la separación y el aislamiento –tanto para los encerrados por fuera como para los encerrados por dentro– “el horizonte desaparece y la visión pierde el foco”.

## 16

La *señal del giro*,<sup>67</sup> de hecho. Debe haber habido un tiempo en que:

Saltábamos como niños, no siempre del susto, en cuanto sonaba el timbre. Su sonido rasga la sala silenciosa y vacía, especialmente al atardecer. Quizás ahora haya llegado aquello que se tiene en mente de forma oscura, aquello que buscamos y que, a su vez, nos busca a nosotros. Su dádiva transforma y mejora todo, trae un nuevo tiempo. El sonido de ese timbre permanece en cada oído, se asocia con todo llamado agradable proveniente del exterior.

Si lo hubo, fue hace mucho tiempo. Un contemporáneo —no necesariamente cínico— se preguntaría de qué estrella ya extinguida estaría llegando ese mensaje incomprendible, incluso si su expectativa al escuchar el interfono no se limitase al repartidor de la farmacia. Cuando Ernst Bloch escribió estas líneas,<sup>68</sup> el timbre bien podría anunciar una visita de la Gestapo y, sin embargo, por mayor que fuera la oscuridad del momento presente —nada garantizaba que el nuevo tiempo no fuera el principio del tiempo del fin—, su teorema de apertura podría ser todo menos una receta para vender esperanza enlatada.

67 El apartado anterior concluye diciendo que “en el antiguo régimen de espera, la guerra podía ser una señal de cambio: las intervenciones militares actuales son otras de las señales del giro punitivo en curso”. Arantes afirma que la guerra como conflicto armado, público y justo, en la conocida formulación de Alberico Gentili, está siendo suplantada por “por los estados de violencia que desde entonces se han abierto ante nosotros, regulados por procesos securitarios”. En los apartados anteriores nuestro autor se ha dedicado a señalar cómo el nuevo régimen de espera ha desdibujado progresivamente algunas distinciones clásicas y ha hecho confluir, por ejemplo, el ámbito militar con el humanitario y el penal con el social. Para ello, sobre todo en el capítulo trece, Arantes profundiza en la manera en que los Estados toman acción frente a los desplazamientos forzados y convierte a los exiliados en “náufragos de la liminalidad” [N. del T.].

68 Ernst Bloch, *O princípio esperança* (trad. Nélio Schneider, Rio de Janeiro, Contraponto, 2005), v. 1, p. 48.

Solo la ceguera terminal de hoy cree haber visto y oído todo.<sup>69</sup> Pero no la doble sorpresa —quién sabe, si el estupor no fuese absoluto— causada por una frase que, en el más completo sentido opuesto a todo lo que se ha dicho hasta ahora, recomienda lo contrario con las mismas palabras de su antípoda. *Lo que importa es aprender a esperar*, afirmaba Bloch en 1938, cuando en rigor nadie esperaba nada más, salvo lo peor. Por supuesto, a estas alturas no voy a presentar de nuevo la política del soñar-haciaadelante postulada por Bloch, pero sí el soñar despierto, recordando que el sueño diurno no requiere interpretación, sino que reclama secretamente la transformación del mundo; tampoco su lógica menos onírica, “A aún no es A”; mucho menos su antropología utópica, en la que un ser nacido prematuro se caracteriza por un afecto de expectativa en el origen de una conciencia ante todo anticipatoria; o su filosofía de la experiencia de la historia, en la que se derrumba la compartmentación entre futuro y pasado, en la cual, a su vez, el futuro que aún no ha llegado a ser se vuelve visible, mientras que el pasado, vengado y heredado, mediado y cumplido, se vuelve visible en el futuro, etc.<sup>70</sup> Basta recordar —más que nada para constatar, pues es dudosa siquiera su comprensión verbal por parte de los nativos del presentismo contemporáneo— que, para este filósofo de otra Era, el acto de esperar no paraliza ni resigna, mucho menos es una fuente banal de resentimiento por el atraso intolerable, etc. Ahora sería el anacrónico Bloch, encallado en el tiempo en que el afecto en la espera ampliaba a las personas, en lugar de estrecharlas, quien no entendería nada.

## 17

Para agravar e ilustrar mejor este notable cortocircuito en torno a la inversión del signo de la espera como disciplina y aprendizaje, valdría la pena

69 Los mismos cuya afectación llega a veces al extremo de evocar, ciertamente en vano, el nombre de Proust jamás logran distinguir en el sonido del timbre de Bloch que rasga la sala silenciosa y vacía al anochecer, anunciando el “gran despertar” que está por llegar, el mismo “tintineo alegre, ferruginoso, interminable, agudo y claro de la campanilla” del jardín de Combray, que repercute en el Narrador como otra señal del cambio, el redescubrimiento del tiempo que juzgaba irremediablemente perdido. Ver Marcel Proust, *Tempo redescoberto* (Rio de Janeiro, Globo, 2012, selo Biblioteca Azul).

70 Fuerza del círculo cada vez más reducido de especialistas, para quienes escuchan hablar de Bloch por primera vez en el actual desierto de todo, recomiendo el pequeño libro introductorio de Suzana Albornoz, *O enigma da esperança: Ernst Bloch e as margens da história do espírito* (Petrópolis, Vozes, 1999).

mencionar otra circunstancia histórica de positivización de la *necesidad de esperar*, reconstituida por Zygmunt Bauman en una breve digresión sobre el sentido moderno de la “procrastinación”.<sup>71</sup> Remontándose a la raíz latina de la palabra —*cras* significa “mañana”, pero un mañana suficientemente elástico para incluir el “más tarde” del futuro; *crastinus*, a su vez, es lo que pertenece al mañana—, recuerda que “*pro-crastinar*” es “poner algo entre las cosas que pertenecen al mañana”. En resumen, procrastinar “es manipular las posibilidades de la *presencia* de algo, demorando, retrasando y posponiendo su aparición, manteniéndola a distancia y trasladando su inmediatez”. Apenas empezamos a reconocer el terreno familiar, otra inversión de signo: “Contra una impresión que se volvió común en la era moderna, la procrastinación no es una cuestión de displicencia, indolencia o letargo; es una posición *activa*”, prosigue Bauman. Un nuevo giro, igualmente positivador, que apunta esta vez a un proceso de subjetivación incipiente que, al completarse, ya en forma de una práctica cultural, señala la entrada en escena de los tiempos modernos, es decir, un nuevo significado del tiempo, el tiempo que tiene historia, que es historia, un tiempo que en principio está “viajando”, en este caso, hacia otro presente distinto de, y más deseable que el presente vivido ahora.

Volvemos a respirar una atmósfera familiar, pues la procrastinación entendida así “deriva su sentido moderno del tiempo vivido como una *peregrinación*”. Obviamente, el subrayado es mío. Una edad histórica más adelante, los espacios liminares que, como es bien sabido, se recorrieron como una peregrinación-expiación, no como un movimiento que se aproxima a un puerto seguro, sino como un horizonte sin fin que se aleja cuanto más nos acercamos. En ambas circunstancias, separadas en cualquier caso por la mutación conocida, “vivir la vida como una peregrinación” transcurre en direcciones opuestas; o mejor, en su segunda etapa, ya no hay más progresión. Mientras que en el tiempo vivido como peregrinación —un *viaje*, para todos los efectos—,

cada presente es evaluado por algo que viene después. Cualquier valor que este presente pueda tener aquí y ahora no será más que una señal premonitoria de un valor mayor por venir [...] la tarea del presente es llevarnos más cerca a ese valor más alto [...] el sentido del presente está adelante; lo que está a la mano gana sentido y se evalúa por el noch-nicht-geworden, por lo que aún no existe.

---

<sup>71</sup> Zygmunt Bauman, *Modernidade líquida*, cit., p. 178-81.

Vivir la vida como peregrinación está lejos, por lo tanto, de ser una vía de dirección única. “Obliga a cada presente a servir a algo que aún-no-es, y a servirlo disminuyendo la distancia, trabajando para la proximidad. Pero si la distancia desapareciese y el objetivo se alcanzase, el presente perdería todo lo que lo hacía significativo y valioso”. Pensándolo mejor, si es así, la imagen gastada del horizonte que se aleja cuanto más nos acercamos a él se vuelve pertinente bajo una nueva luz. Es la misma idea de Horizonte de Expectativa, formulada por Reinhart Koselleck, en los términos que se han visto, y tanto más palpable como parámetro de lo que se debe comprender como régimen histórico moderno cuanto más se aleja del Espacio de Experiencia, pero sin ruptura total, so pena de desorientación o delirio voluntarista. Sin prejuzgar a favor de las alternativas en disputa, no es difícil percibir que hace un siglo el falso dilema entre Reforma o Revolución —para quedarse en el campo socialista— giraba en torno a estos polos conceptuales: o el Movimiento lo es todo, o solo el desenlace conclusivo es el enigma resuelto de todo el viaje de la humanidad, de su travesía del reino de la necesidad rumbo a la libertad.

Volviendo a la reconstitución de Bauman, sobresale la racionalidad específica privilegiada por la vida del peregrino —ni instrumentalmente superficial, pegada a la duración presente, ni absoluta, brillando solo al término apoteósico del viaje—, a saber: esta racionalidad híbrida, de la cual ciertamente no tendremos más noticias, lleva al peregrino

a buscar los medios que pueden realizar el extraño hecho de mantener el fin de los esfuerzos siempre a la vista sin nunca llegar allí, de traer el fin cada vez más cerca, pero impidiendo al mismo tiempo que la distancia caiga a cero. La vida del peregrino es un viaje hacia la realización, pero la “realización” en esta vida equivale a la pérdida de sentido.

Solo que ese sentido no puede sobrevivir a la llegada al destino. Fue cuando el futuro se derrumbó de golpe en el desierto del presentismo actual, arrastrado por la Caída del Muro, pasando ahora al campo del capitalismo triunfante. El contenido de verdad del libro de Fukuyama, del que al final renegó por falta de fibra para sostener la nota, reside en la visión de que algo sustantivo en la experiencia de la historia se desmoronó todo, arrastrado por la caída; de ahí la figuración del “último hombre” que se debate en el formalismo de un domingo sin días laborales, pues en el mundo del trabajo

dominado solo hay fiesta en la excepción. Sea como sea, aquella avalancha no sepultó poca cosa —sobre todo la verdadera matriz práctica de todo este rediseño del régimen temporal de la modernidad capitalista en el límite *la acumulación interminable como procrastinación*, y su doble antagónico, el socialismo como movimiento antisistémico igualmente ambivalente hasta la médula, a saber, la jornada *de trabajo*, no solo contraída hasta su menor célula fabril, sino extendida hasta el límite extremo de una metáfora de época—.

Esta es la escuela donde realmente se aprendía la necesidad de esperar. La radiografía estándar del desajuste radical de esa unidad básica del capitalismo moderno —la jornada de trabajo— se encuentra, como se sabe, en el libro de Richard Sennett sobre las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo.<sup>72</sup> Unidad de medida de tiempo, básicamente: un tiempo activo y acumulativo, del cual obviamente no se tiene más noticia, para no hablar de experiencia, empezando por la del largo plazo y todo su cortejo de vínculos impensables en una “sociedad impaciente”. Aunque atrapada por la alienación —o justamente por eso—, una vida de trabajo era a su modo una peregrinación seminal en todos los sentidos. La disciplina del flujo a corto plazo —la violencia misma del tiempo de la urgencia— acabó imponiéndole a una vida de trabajo narrable una segunda alienación, si se puede hablar así, el desmembramiento de una deriva (*drift*), un mosaico de cambios sin antes ni después. Tal vez sea más que una ironía crucial el destino compartido por el hombre del trabajo flexible retratado por Sennett, a la deriva en un mar de insignificancias, y el barco literalmente en la misma condición de navegación a la deriva de los nuevos peregrinos perdidos en el mar. Ironía adicional, la observación de Sennett sobre la “acumulación de tiempo” en el antiguo capitalismo, sustentado por sindicatos y seguridad social propia: cuando entonces el tiempo era el único recurso que los que estaban en el fondo de la sociedad tenían gratis. Cualquiera que sea, no obstante, el hilo por el que se tiran estas vidas vividas como peregrinación, queda que la jornada (entre tiempos, lugares, clases sociales, etc.) es una experiencia crucial generadora de significación —y que esta forma histórica

---

72 cf. *A corrosão do caráter* (trad. Marcos Santarrita, 15. ed., Rio de Janeiro, Record, 2010). En la edición original, *The Corrosion of Character: The Personal Consequences of Work in the New Capitalism* (Nueva York/Londres, Norton, 1998). Significativamente, la traducción brasileña se encuentra en la 15<sup>a</sup> edición. Su recepción se convirtió ella misma en un síntoma.

fue la que se deshizo con la gran mutación presentista de nuestra época—. Entre paréntesis: solo para que se pueda evaluar la magnitud de esta matriz, hoy averiada, basta recordar que toda jornada exige una “explicación”, que no son pocos ni menos importantes los antropólogos que sitúan el enigma de la jornada del nacimiento a la muerte en el origen de las religiones.<sup>73</sup>

¿Cómo quedamos? Al menos en condiciones de revisar desde este ángulo el paradójico movimiento inmovilizador de las poblaciones liminares a través de las zonas de espera del capitalismo global, a saber, como *peregrinaciones en las cuales se está de hecho reprendiendo a esperar* —sea cual sea el contenido ocasional de cada expectativa en particular—. De un modo u otro, siempre será oportuno recordar —de nuevo en la estela de Jean-François Bayart— la circunstancia de que, históricamente, toda experiencia liminar es inductora de procesos de subjetivación. Fue así, por dar un ejemplo mayor, con los primeros “portadores” de una elección de conducta de vida “cristiana” entre esclavos, libertos y fugitivos en la Roma antigua. Sin hablar, para solo mencionar otro caso de primera magnitud, la génesis subterránea, en las zonas de espera de la naciente sociedad industrial, de otra conducta de difícil “gobierno”, la vida operaria. Sin querer decir con ello que el renacimiento del horizonte del mundo —si ocurre— se dará antes que nada por las venas abiertas en sus zonas de retención.

---

73 Véase al respecto Benedict Anderson, *Nação e consciência nacional* (trad. Lólio Lourenço de Oliveira, São Paulo, Ática, 1989), sobre las “jornadas de la imaginación” en la genealogía de la idea moderna de nación. A esto se podría añadir otra jornada no menos evidente en su dimensión épica: la *novela*, que el siglo XIX reinventó y desembocó en la peregrinación de toda una vida en un solo día en el Dublín de Joyce. Como decía Lukács, en la ya lejana *Teoria de la novela*, “todo esto tiene que venir de algún lugar e ir a algún lugar” (*A teoria do romance*, trad. José Marcos Mariani de Macedo, São Paulo, Duas Cidades/Editora 34, 2000, p. 130). No sobra recordar —siempre a modo de comparación con lo que quedó atrás, y que por ser tan remoto vuelve a tornarse contemporáneo— que en *La montaña Mágica* de Thomas Mann otra Gran Espera transcurre en un tiempo de hecho incommensurable, hasta su consumación con el despertar ensordecedor de la Gran Guerra de 1914.

### Sobre el autor

Paulo Eduardo Arantes, nacido en Brasil en 1942, es profesor titular del Departamento de Filosofía de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias Humanas de la Universidad de São Paulo (FFLCH-USP). Actualmente, es investigador del Centro de Estudios de los Derechos de Ciudadanía, vinculado a la FFLCH-USP. Bajo la dirección del profesor Jean-Toussaint Desanti, Arantes desarrolló su tesis doctoral sobre el problema del tiempo en Hegel en la Universidad de París X-Nanterre. Sus principales líneas de investigación son la Historia de la Filosofía y la Filosofía Política. Fue director de la revista *Discurso* de 1976 a 1981. Paulo Arantes se ha interesado por el panorama ideológico y geopolítico del capitalismo contemporáneo y ha reflexionado sobre las implicaciones de arrojar una mirada sobre estos fenómenos desde la condición periférica de la filosofía brasileña. Entre sus publicaciones más destacadas se encuentran: *Hegel: a ordem do tempo* (1981), *Ressentimento da dialética* (1996), *Zero à esquerda* (2004), *Extinção* (2007), *O novo tempo do mundo: e outros estudos sobre a era da emergência* (2014) y *Formação e Desconstrução* (2021).

### Sobre el traductor

Jorge Luis Herrera Mora es estudiante de la Maestría en Estudios Literarios de la Universidad Nacional de Colombia. Actualmente, se desempeña como coordinador del proyecto editorial *Yasnaia Poliana*, revista dedicada a la difusión de las culturas eslavas.